

## SERMON

## DE SAN MARTIN.

∴Signa faciam, quæ nunquam visa  
sunt super terram∴ Ex. cap. 34.  
v. 10.

*Haré señales que jamás se han visto  
sobre la tierra.*

**E**STAS maravillas, que en la Ley  
antigua llenaron de admiracion á  
los Pueblos, se perpetúan en la Ley  
nueva. El mismo poder que admiraron  
en Moysés los de Israel, lo comunicó  
Dios á sus Apóstoles.  
¿Qué digo? El Christianismo pro-

duxo milagros mas singulares, milagros que el mundo vió con tanto mas pasmo, quanto jamás los habia visto: *signa faciam, quæ nunquam visa sunt super terram.* (Exod. 34. 10.) Para justificar esta idéa no tenia mas que subir á las primeras edades de la Iglesia, y mostraros los prodigios que señalaron el Apóstolado de San Pablo, y el de los demás Apóstoles: pero quiero fixarme al quarto siglo, y presentaros para prueba á un nuevo Pablo, á un Apóstol digno sucesor de los Apóstoles, á un Prelado gloria de los Prelados, á un hombre cuyas acciones heroicas, y cuyos milagros averiguados, han sido como una prueba viva de la Religion: á un

San Martin, digo, que fue el hombre de los prodigios, y que hizo ver al universo sorprendido de sus maravillas, que no habia visto otras semejantes, y que acaso las veria jamás: *signa faciam &c.* Pero estos prodigios inauditos, que son como el garante de su palabra, no son sino la recompensa de sus virtudes, y de su celo. San Martin no llegó á ser el Thaumaturgo de su siglo, sino despues de haber igualado á los primeros Fundadores de la Religion por la santidad de sus exemplos, y por la grandeza de sus trabajos. Esta es la idéa que formo: San Martin se consagra á la Religion, y llega á ser no solo el ornamento de ella, sino tambien el defensor,

y así veo en su persona un milagro aún mayor que los que él obra: para el debido desempeño tomemos por guia y norte á la Madre de la gracia y digámosla con el Angel.  
*AVE MARIA.*

∴*Signa faciam quæ numquam visa  
sunt super terram:*∴ Exod.  
cap. cit.

Un hombre vencedor del mundo, vencedor de sí mismo: un hombre que se eleva sobre sus enemigos y sobre sus admiradores: un hombre superior á los demás hombres por el heroismo de su fé, por la singularidad de su penitencia, por su paciencia invencible, y por su pro-

funda humildad, es al hombre que  
 os propongo, como adorno de la  
 Religion; y tal os parecerá desde  
 sus principios San Martin. En efec-  
 to, en él se reunen todas las vir-  
 tudes; en él todas las virtudes son  
 prodigios, su fé es heroica, su pe-  
 nitencia inaudita, su paciencia in-  
 vencible, y su humildad siempre la  
 misma: y por la feliz concordia de  
 tantas virtudes, triunfa igualmente  
 del mundo, de sí mismo, de sus en-  
 emigos, y de sus admiradores. Triun-  
 fa del mundo por el heroismo de  
 su fé; de sí mismo por el rigor  
 de su penitencia; de sus enemigos  
 por su paciencia invencible; y de sus  
 admiradores por su humildad siempre  
 constante. Atended oyentes míos.

En el seno mismo de las tinieblas,  
 y en medio de las espesas nubes  
 del Paganismo comenzó la luz de  
 la fé á ilustrar el espíritu de Mar-  
 tin: idólatra por necesidad, Chris-  
 tiano por inclinacion; la infelici-  
 dad de su nacimiento no es delito  
 suyo, las felices disposiciones de  
 su corazon anuncian ya las primi-  
 icias de su mérito. Aún la debili-  
 dad de su edad no le permite el co-  
 nocerse á sí mismo, y yá su pru-  
 dencia le hace discernir lo ridículo  
 de las opiniones, en las que pro-  
 curan instruirle. La preocupacion  
 de su educacion no tiene poder al-  
 guno sobre su espíritu. Yo le veo  
 ocultarse de los ojos de un padre  
 adorador de los Idolos: le veo bus-

car en los Templos de los Christianos á los adoradores del verdadero Dios: Discípulo dócil, él se instruye con diligencia: su fé naciente allana todos los obstáculos: en un Cathecumeno veo ya los sentimientos de un Apóstol. Primera victoria que consiguió su fé sobre el mundo, y presagio feliz de las que debe conseguir despues.

Al la verdad, ¿ en qué carrera le empeñó al principio el mundo? En una profesion tanto mas crítica quanto parece permitir un libre curso á todas las pasiones humanas. El militar triunfando de los enemigos del estado, se vé siempre vencido por las funestas inclinaciones de su corazon; la licencia de las armas le

hace á veces víctima de la concupiscencia engañosa, de la imperiosa ambicion, y aún frecuentemente de un vil y criminal interés. Trágicas pasiones jamás rendireis á la inocencia de Martin: la fé de este jóven heroe fue siempre un muro impenetrable á vuestros encantos. El placer, que debilita por lo comun el ánimo del guerrero, fue el primer enemigo que creyó deber combatir. Como soldado virtuoso, el único placer que se permite es el de distinguirse por su valor: su ambicion no aspira sino á la gloria de servir mejor á su Príncipe: si los demás se hacen infelices por los excesos de una violencia odiosa; si su furor interesado no respeta al-

gunas Leyes , Martin solo sigue los sentimientos de la moderacion, de la dulzura , y de la caridad. De la caridad , digo, ó sino, trahed á la memoria lo que executó con aquel pobre que bañado de lágrimas, se puso á los pies de Martin á exponerle las desgracias de su situacion, y vereis que el Santo privado de los bienes de fortuna, se reprehendia á sí mismo de no poder conceder á este infelíz sino una estéril compassion ; y como su corazon no le podia despachar vacío , le sugirió su fé el artificio de despojarse él mismo para cubrir al indigente , y se tuvo por mas feliz de partir su capa con un hombre que era imagen de su Dios. ¡ O prodigio digno de

ser admirado en todos los siglos ! Un militar, un Cathecumeno exercer la plenitud de la perfeccion christiana es una de estas acciones que se sienten ; pero que no se puede explicar , ni su grandeza, ni su heroismo.

A estos primeros triunfos que señalaron la fé de Martin , sucede una victoria mas esencial. El logra el romper el fatal lazo que le tenia atado al siglo profano. Desprecia al mundo, que se esforzaba á detenerle ya por el encanto de sus recompensas, y ya tambien por lo agudo de sus vituperios : él lo piensa, lo reflexiona, y se determina á huir de la prostituta Babilonia : su fé prudentemente fugitiva le lleva á Po-

tiers á buscar una guia clara, un Maestro capáz de formarle en el heroismo de la Religion, á un San Hilario. ¡Qué hombre! Un Hilario que era la gloria de los Obispos, el oráculo de los sábios, el terror del Arrianismo, el defensor, y la víctima de la Fé de Nicea: Hilario el Intérprete mas juicioso, el mas eloqüente Panegirista de la Trinidad; Hilario, cuyos escritos profundos, cuyo celo intrépido atacó al error hasta el Trono, lo apartó de sus empresas, lo aclaró en sus sutilezas, lo confundió en sus principios, y lo forzó en sus trincheras: Hilario, que por la constancia de sus trabajos, y por el santo atrevimiento de su conducta, vengó la Divinidad de

Jesu-Christo, hizo triunfar á la Religion, y pasmó al Universo. A este grande hombre estaba reservado el conducir á Martin en todos los caminos mysteriosos de la Fé. ¡Que no pueda yo deciros con qué codicia el discípulo estudia el espíritu del Maestro! ¡Que no pueda mostraros aquí aquellas conversaciones secretas que hacian pasar los sentimientos de éste al corazon de aquél! Martin heredero de la fé de Hilario, camina luego tras él por las sendas de la penitencia. Por el heroismo de su fé triunfó del mundo; por los rigores de la penitencia triunfa de sí mismo.

Aquí comienza á declararse una série de hechos pasmosos. En un

Christiano que apenas acaba de abrir los ojos á la luz del Evangelio, se presenta un Martyr voluntario, un otro Bautista, ingenioso en buscar nuevos modos de mortificaciones. En efecto, vivir en el silencio de la soledad, por solo el deseo de entregarse en ella sin testigos á los últimos excesos de la penitencia: extenuarse por ayunos repetidos, y por continuas vigiliass: ejercer sobre una carne inocente una especie de tiranía: reducirse en algun modo á la nada por austeridades siempre nuevas; no es sino una débil pintura del pasmoso espectáculo que dá Martin en Poetou. De aquí pasó á la Turena; ¿y esta Provincia le vió degenerar de sus rigores? O oyen-

tes míos; allí es donde se ofrece á nuestros ojos el mas famoso teatro de las victorias que Martin consigue sobre sí mismo.

Figuraos un retiro obscuro, casi inaccesible en los horrores de un espantoso Desierto. Un retiro cercado de una roca escarpada, que la naturaleza al parecer habia ocultado á la vista, y al conocimiento de los hombres, y que no tenia sino sendas obliquas que facilitasen la entrada; pues tal es la situacion de la soledad, donde llevó á Martin el espíritu de penitencia. El decirnos á que punto llegó á ser aquí la víctima de su fervor, no lo emprenderé; porque la relacion mas viva sería un relacion en bosquejo. Solo

los lugares, testigos de tantos prodigios nos lo podían contar. Cavernas profundas, en que resonaron tan frecüentemente los golpes continuos que descargaba sobre un cuerpo agotado ya por mil maceraciones, decidnos, cómo este nuevo solitario fixó luego las miradas de los hombres; y mereció las complacencias del mismo Dios. Vosotros visteis al Cielo tan atento en manifestar la gloria de Martin, quanto Martin era ingenioso en retirarse de los aplausos del mundo. Visteis... ¿Pero qué veo yo? Este espantoso desierto se muda en un Monasterio célebre, el primero de la Francia, el primero acaso que se estableció en el Occidente. Ochenta discípulos

distinguidos por su nobleza, vuelan á ponerse baxo la disciplina de Martin, se forman sobre sus exemplos, imitan la austeridad de su penitencia, y llegan á ser el pasmo del mundo Christiano. Así se eleva baxo los auspicios de Martin la famosa Abadía de Marmoutier; ella subsiste aún; y por muchos siglos dió constantemente á la Iglesia Prelados distinguidos por sus virtudes y su ciencia: Prelados que aún mucho tiempo despues de San Martin hicieron revivir la santidad de su espíritu.

Pero jamás corona á los Santos sobre la tierra una gloria sin nube. El Cielo les envia contratiempos, y prueba su virtud. Enemigo de sí mis-

mo San Martin, debe aún combatir contra otros enemigos. ¿Hay hombres que no los tengan? La envidia se levanta contra él; el furor le ataca; y el Martyr de la penitencia viene á ser casi el Martyr de la fé. Hombres inquietos, ¿qué puede vuestra rabia? Atreveos, y sereis confundidos; vuestros esfuerzos impotentes vendrán á romperse contra un corazon firme y constante. La penitencia de Martin triunfa de las mas violentas borrascas: *Flaverunt venti, & irruerunt.* ¡O paciencia invencible de Martin! ¡y qué encadenamiento de maravillas que nos ofreces! Para trazarlas, sería necesaria la eloqüencia de un San Bernardo, ¿qué digo? Este Panegirista celoso de Martin confiesa

que no sabe como se podrán explicar tantas contradicciones, tanto ánimo, tantas persecuciones, y tanta intrepidez: *persecutiones, quas sustinuit beatus Martinus, propter fidem, longum est numerare.* Parece que el Cielo y la tierra se habian conjurado contra él: *flaverunt venti, & irruerunt.* Es otro Job. Al verle se diria que la providencia armaba contra él enemigos siempre nuevos, y siempre mas furiosos. Ya la calumnia con discursos envenenados le ataca y procura destruirle: ya la confianza y satisfaccion autoriza los tratos mas indignos, anima los espíritus, y exacerba los corazones: pero Martin vé á sus agresores injustos, sufre, y calla: ántes

se cansa la crueldad de los que le persiguen, que la paciencia de Martin en sufrir las persecuciones: *irruerunt*. En las embocaduras de los Alpes dos hombres facinerosos y homicidas se atrevieron á levantar sobre él una mano sacrilega: el interés les guiaba, y les sostenia la audacia: ellos lo intentan, y lo van á poner por obra: *irruerunt*; pero la dulzura, la tranquilidad, y la paciencia invariable de Martin les encanta, y les pasma, y sucede la reflexión al pasmo. Ellos dexan las armas; se echan á los pies de Martin; confiesan la iniquidad de su conducta, y llegan á ser conquistas de su celo los que se habian linsonjeado de ser los autores de su muerte: *irruerunt*.

El impetuoso Bricio, llevado de los movimientos de una juventud inconsiderada, condenado por el celo y por los exemplos de Martin, buscaba un momento favorable para vengarse del Santo: él se dexa arrastrar de su temeridad, y como Censor interesado de una virtud que hace sombra á sus vicios, vá á los pies de los Altares á derramar contra él injurias amargas: *irruerunt*. Ingenioso en pintar á Martin baxo los mas feos colores, se promete el sorprehender la credulidad del Pueblo. ¡Oh! presto él mismo se contendrá, se confundirá, y hallará en la paciencia de Martin un freno á su audacia: la audacia se muda en respeto, el furor en admiracion, y la

sátira en Panegírico. El indiscreto agresor de Martin viene á ser su discípulo fiel, y heredero de sus virtudes y de su gloria: *irruerunt*. ¡O nuevo espectáculo! Pero dexemos á un lado la série de contradicciones que nos presenta su historia: el odio de los hereges, la rabia de los Idólatras, la violencia de los libertinos, los destierros, las cadenas y las prisiones. Su paciencia es superior á todo: por todas partes veo que su gloria sale del seno de las persecuciones; que sucede la calma á la tempestad; y que el ánimo de Martin convierte en admiradores, aún á sus enemigos. El triunfo de sus enemigos por su paciencia, y triunfa de sus admiradores por su humildad.

Aquí, oyentes míos, está el heroísmo de los corazones grandes. Ser inaccesible á los asaltos del amor propio, es un sentimiento de que no son capaces las almas vulgares. Ser el objeto de la admiracion pública, y saber rehusar el incienso de la lisonja, es querer negarse á los honores que vienen á buscarnos. A Martin pertenece el dar semejante espectáculo al mundo, al Universo pasmado: su exemplo será en todos los siglos la condenacion de estos viles esclavos de la fortuna, cuya elevacion es mas obra del artificio, que efecto del mérito. La escena edificante que nos presenta Martin en aquel singular combate que hubo entre su humildad, y la conducta de

sus admiradores, nos dan á conocer esta verdad. En efecto, San Liborio, digno sucesor de San Gaciano, acababa de morir. Prelado, que se hallaba adornado de todas las virtudes que podian edificar á sus Pueblos, y de todos los talentos propios para ganar todos los corazones: y para reemplazar á otro capáz de llenar la plaza que acababa de dexar, la Iglesia de Turs puso los ojos en Martin, y el mérito de este Santo reunió en favor suyo todos los votos: pero ¿qué arbitrio para sacar á este hombre de Dios de su soledad? Su humildad lo aparta tanto mas de los honores, quanto mas los merece: es necesario sorprehenderle para vencerle: para obligar á su modestia á

que aceptase, es preciso interesar á su caridad. El artificio sale bien. Martin cree que camina á las humillaciones, y camina á la gloria: cree volar al socorro del enfermo indigente, y vuela á llenar los votos de todo un Pueblo que le espera, de un Pueblo que verá presto prostrado á sus pies.

Representaos aquí, oyentes míos, los sentimientos opuestos que dividen el corazon de Martin. La dignidad Episcopal es un ministerio laborioso, penoso, y que es bastante para determinar su ánimo; pero pide talentos, virtudes, y que es bastante para atemorizar su modestia: su ánimo desea lo que amedrenta á su modestia. ¡Oh! clamaba: volvedme á mi so-

ledad: la soledad debe ser mi parte. Vuestra eleccion la ha hecho una preocupacion muy favorable hácia mi persona: yo soy incapáz de responder á las idéas que habeis formado de mí: yo temo, me extremezco á vista del terrible ministerio en que me quereis empeñar. Ya pronto á retirarse de la gloria que le llama por una fuga precipitada, busca arbitrio para poderse escapar de los ojos que no pueden admirarle bastante; pero mientras mas resiste su humildad, mas ingeniosa es á hacerle violencia; el Cielo mismo se declara por sucesos singulares. Vanas lágrimas: vanas protestas: á pesar de la constancia de su resistencia, Martin es colocado sobre el Trono de la

Iglesia. Nuevos triunfos para su humildad. Su humildad se sostendrá en la elevacion: su fervor, su penitencia no se mudarán: siempre San Martin será el adorno de la Religion: digo mas, será el defensor, que es la segunda parte.

Confundir la impiedad del Paganismo, someter la terquedad de la heregía, extirpar los errores de la supersticion, y combatir los excesos del falso celo, es á lo que llamo sostener la Religion, y ser el Heroe de la Religion, y lo que practicó San Martin. En efecto, él sostiene la Religion contra la impiedad del Paganismo; y este es el triunfo de su intrepidez. Sostiene la Religion contra la terquedad de la heregía; este

es el triunfo de su ciencia. Sostiene la Religion contra los errores de la supersticion; este es el triunfo de su discrecion : y sostiene la Religion contra los excesos del falso celo; y este es el triunfo de su constancia. ¡Qué multitud de prodigios!

Es el vencedor del Paganismo. Despues de la muerte de Constantino el Grande, parece que la Idolatría volvía á reproducirse. Este Príncipe habia sido el primero que hizo subir al Christianismo sobre el Trono de los Cesares. Siempre firme, siempre constante en su fé habia sepultado á los Idolos baxo las ruinas de sus Templos. Los herederos de su Corona, no lo fueron de su celo. La fé equívoca de Constantino el jóven,

la vanidad, y la ridícula supersticion de Constancia, que se atrevió temerariamente á adornarse con el título de eterna; la indigna apostasia de Juliano, cuya impiedad borró las mas brillantes qualidades, fueron funestos trastornos para la Iglesia. En vano el piadoso Joviano hizo poner la señal respetable de la Cruz sobre las Vanderas de que la habia hecho quitar Juliano. Un nuevo Reynado lleva consigo nuevos sucesos. Valentiniano, y Valente permiten á cada uno seguir la Religion de sus antepasados: conservan los derechos, y las esenciones á los Sacerdotes Paganos, y por respetos políticos cooperan á la propagacion de la Idolatría. Pero sobre todo, en las Galias